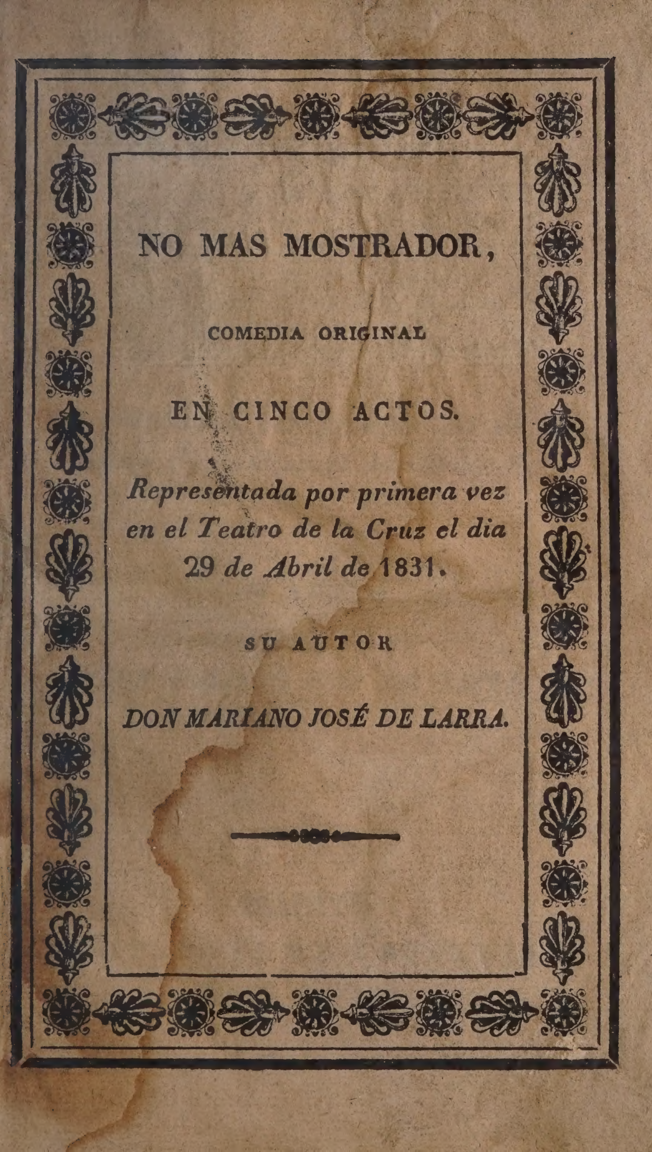
Mariano Jose de Larra

No mas mostrador



NO MAS MOSTRADOR,

COMEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS.

Representada por primera vez en el Teatro de la Cruz el dia 29 de Abril de 1831.

SU AUTOR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

NO MAS MOSTRADOR,

COMEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS.

Representada por primera vez en el Teatro de la Cruz el dia 29 de Abril del año de 1831.

SU AUTOR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Mayo de 1831.

Hîc vivimus ambitiosa
Paupertate. JUV. SÁT. V.
Pobres y vanos : este
es nuestro carácter.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Deogracias, comerciante.	*Sr. José Galindo.*
Doña Bibiana, su muger.	*Sra. Dolores Pinto.*
Julia, su hija.	*Sra. Catalina Bravo.*
Bernardo, su amante.	*Sr. Pedro Montaño.*
El Conde del Verde Sauco.	*Sr. Pedro Gonzalez Mute.*
Simon, su ayuda de cámara.	*Sr. Ignacio Silvostri.*
Sr. Borderó, sastre.	*Sr. Santos Diez.*
Francisco, criado.	*Sr. Emilio Alverá.*
Pascasio, jardinero.	*Sr. Guillermo Fernandez.*
Un Jocquey del Conde.	*Sr. Mariano García.*

La escena es en Madrid en casa de Don Deogracias.

El teatro representa la trastienda de un grande almacen; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacen; á la izquierda una puerta que da salida á la calle, y otra que figura dar á un jardin; á la derecha dos puertas, una que conduce á las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de D. Deogracias. Muebles de moda.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS y DOÑA BIBIANA.

DON DEOGRACIAS.

Pero, muger, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia.... Tu abuelo un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias á tu boda conmigo, concluyó sus dias en una cama de tres colchones con colcha de cotonía....

DOÑA BIBIANA.

¿Y qué tenemos con esa relacion tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mí.... Vaya, que es gracioso. Sí señor, quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavia: verdad es que mi madre vendia botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo.... sobre todo, si yo conozco mi genio.... y, vamos á ver, dime: ¿qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico *landó*? A ver si su abuelo no era un pobre valenciano, que vino vendiendo estera, y se ponia por mas señas en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que habia que ver. En fin, fuera cuestiones,

Deogracias; te lo he dicho, no quiero mas comercio. Llevo ya veinte y cuatro años de medir sedas, y de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela á los parroquianos, y de poner la cortina á la puerta para que no se vean las macas de las piezas.... qué sé yo.... maldito mostrador; basta, basta, no mas mostrador.

Don Deogracias.

Pero, muger, ven acá. ¿No es el comercio, que tanto maldices, el mismo que nos ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de?...

Doña Bibiana.

Tanto mas motivo para dejarlo, y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fui con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia.... vaya.... Deogracias, desengáñate, mientras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: "el conde tal.... el vizconde cual...." y mientras no tenga palco en la ópera, y un jocquey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi schal en el brazo, y mi sombrilla en la mano.... desengáñate, me verás aburrida morirme de tédio....

Don Deogracias.

Valiente papel haré yo en tu magnífico sa-

lon, alli revuelto con aquellos condes y marqueses.... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara. Vamos, créeme, Bibiana....

DOÑA BIBIANA.

¡Bibiana! ¡Dios mio! ¡qué marido tan ordinario! ¿no te he dicho ya cien mil veces que no quiero que me vuelvas á llamar Bibiana? ¿dónde has visto tú una muger del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar; y mi señora doña Concha seré hasta que me muera, y me lo llamarán, sí señor, que para eso tengo dinero, y "¿cómo está usted, Conchita?" ¡Conchita, qué mona es usted!

DON DEOGRACIAS.

Mira, muger. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de tí, por mi mala estrella: con Bibiana Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin duda mis pecados en este mundo; y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú antes, en tu lápida he de poner: "aqui yace Bibiana Cartucho," y nada mas.

DOÑA BIBIANA.

Ay, Dios mio, ¡qué vergüenza! ¡hasta despues de mi muerte! pues bien, rencoroso, enhorabuena, quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga á pedir una cuarta de bayeta.... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre, y no quieres brillar y darte tono: asi como asi, no son los maridos en lo que mas reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que

será cosa de sacrificarlos á tu capricho ; creo que no harás ánimo de que sean tambien horteras.

DON DEOGRACIAS.

Sí por cierto. Teodoro, que va á cumplir catorce años, saldrá de la Escuela Pia en cuanto tenga mas formada su letra, y sepa decir alguna cosa en latin, no para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazarme en el almacen. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen español ; no tendrá, á imitacion mia, mas insignia que la vara de medir; pero ¿quién duda que podrá servir con ella á Dios y al Rey tan bien como cualquier otro? Ademas de que no le faltan al Rey jóvenes nobles y bien dispuestos, que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su Soberano.

DOÑA BIBIANA.

¿Es posible? bien ; pero en cuanto á mi hija Julia.... ya está en edad de poderse casar.... una jóven de su mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca.... Es verdad que no sabe fregar, ni barrer, ni coser ninguna cosa ; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

DON DEOGRACIAS.

Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personage me han obligado á ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de

mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

DOÑA BIBIANA.

¡Yo! ¿suegra de un tapicero?

DON DEOGRACIAS.

De un tapicero; ¿y por qué no? Cuánto mejor es un tapicero, que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos....

DOÑA BIBIANA.

Bien.... pero, ¿y si tu hija esperimentase una aversion particular hácia esa boda?

DON DEOGRACIAS.

Aversion, no es posible; ni aun le conoce; yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir "este es;" ya se ve, como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el proyecto de casar á nuestros hijos; y yo, que no creo poder encontrar partido alguno mas ventajoso, he aceptado. Por lo que hace á Julia, yo creo que ni piensa en eso: tú la vuelves loca.

DOÑA BIBIANA.

Corriente; pues me remito á ella; ella puede decidir entre los dos.

DON DEOGRACIAS.

Enhorabuena; yo sé que la chica es otra cosa.

DOÑA BIBIANA.

¡Julia! ¡Julia!.

DON DEOGRACIAS.

Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

DOÑA BIBIANA.

¡Tal precipitacion! ¡Julia!

DON DEOGRACIAS.

Sí señor; esta es una buena ocasion de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA.

JULIA.

Mamá, ¿me llamaba usted?

DON DEOGRACIAS.

Ven aqui, hija mia. Vas á responder con toda libertad, sin ceñirte á nuestro gusto.... á declararnos francamente el tuyo.

DOÑA BIBIANA.

Se trata de un asunto muy sério para tí; tu padre quiere casarte.

JULIA.

¡Casarme! ¡Dios mio! ahora.... (1).

DOÑA BIBIANA.

Levanta la cabeza; mírame; sin cortedad, ¿quieres casarte? (2) la verdad.

JULIA.

Mamá.... casarme.... ahora soy tan jóven....

DON DEOGRACIAS.

Eres jóven; pero, hija....

(1) *Aparte.*

(2) *Le hace señas con la cabeza que diga que no.*

DOÑA BIBIANA.

Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo á responder; asi déjala tú tambien en plena libertad. Vaya, hija mia, dí, ¿y si tratasen de casarte con un rico tapicero de Barcelona, de mas de cien mil reales de renta?...

JULIA.

¡Ah! no tiene trazas mi querido de tapicero (1).

DOÑA BIBIANA.

Vaya, responde (2).

JULIA.

Mamá, si usted se empeñase.... quién sabe.... me resignaria obediente....

DON DEOGRACIAS.

No señor, la verdad; nada de resignacion, ni de obediencia, ni de calabaza.... sí, ó no.

JULIA.

Papá.... en verdad, no me siento inclinada....

DON DEOGRACIAS.

¿No?

DOÑA BIBIANA.

Cómo, hija, ¿no te gustaria estar todo el dia en un hermoso almacen de tapices midiendo, y cobrando, y?...

JULIA.

No, mamá.

DOÑA BIBIANA.

Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

DON DEOGRACIAS.

Estoy confundido.

(1) *Aparte.*
(2) *Vuelve á hacerla señas.*

DOÑA BIBIANA.

Y en caso de casarte ¿querrias mejor un elegante que no tuviera nada que hacer en todo el dia, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los dias á su muger á Vista-Alegre y á la ópera, que te pasease por el Prado en tilbury ó en landó, que te regalase sortijas, schales, gorros, plumas, pieles y cadenas.... en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que te dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Sauco, que se fue á París, y de que tanto nos han hablado, dí, querrias.... (1).

JULIA.

Sí, mamá.

DON DEOGRACIAS.

Sí, mamá (2); pues usted, señorita, tomará el marido....

DOÑA BIBIANA.

Vuelves á infringir nuestros tratados.... á pesar de lo convenido te alteras....

DON DEOGRACIAS.

No, muger, no me altero.... pero á lo menos que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y despues.... mira, Bernardo á la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros instantes á sus parientes; pero de un momento á otro le tendremos aqui, y es preciso recibirle como

(1) *La hace seña.*
(2) *Remedándola.*

á quien viene á ser mi yerno: le conocereis, y despues....

DOÑA BIBIANA.

Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él; y es bien doloroso haber de dar mi hija á un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile, y de dibujo, y de francés, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano; hija mia de mis entrañas, ¿de qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podias dar con la escala, para aprender el duo del Crociato, y el de la Semíramis, y el ária de la Donna, y todito el papel de la Césari en el Osmir.... todo, todo va á perecer en la humillacion del mostrador.

DON DEOGRACIAS.

La humillacion del mostrador. ¡Bibiana! ¡Bibiana!

DOÑA BIBIANA.

Vuelta con Bibiana. ¡Dios mio! ¡qué vergüenza! si lo oyen....

DON DEOGRACIAS.

Pero, en el almacen hay gente; vamos, á despachar, que aquel muchacho es tan torpe.... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré*, y el terciopelo *gris perle*.

DOÑA BIBIANA.

Sí iré.... pero atiende á lo que te digo; tú podrás casar á tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto á mí te equivocas. Hoy es el último dia que despacho en el almacen: mañana se cerrará, ó tomarás el par-

tido que gustes : no quiero, no quiero mas mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS.

¡Id benditas de Dios! ¿Hay cosa mas árdua para un marido que hacer entender la razon á su muger? ¿Y que me casára yo? Y ¿qué remedio, si el tal desatino no hace mas que la bagatela de veinte y cuatro años que le hice? todos los dias es lo mismo.... y no hay mas, que se desbaratará mi proyecto de boda como cuantos he hecho desde aquella fecha; pero ¡ola! ¿quién viene?

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS, BERNARDO *que entra por la puerta de la izquierda vestido sencillamente.*

BERNARDO.

¿Tengo el gusto de hablar á don Deogracias de la Plantilla?

DON DEOGRACIAS.

Servidor de usted; ¿qué tiene usted que mandarme?

BERNARDO.

Ya creo que estará usted informado de mi llegada; vengo de Barcelona, y debe usted de haber recibido carta de mi padre anunciándole...

DON DEOGRACIAS.

¡Calle! no diga usted mas; ¿pues no he de haber recibido? ya hace dos correos. ¡Bernardo! déme usted los brazos, amigo, aunque no

tengo el gusto de conocerle; sin embargo, la memoria de su padre me es muy grata; y al fin el objeto de su viaje me autoriza á darle esta demostracion de mi cariño.

BERNARDO.

Señor don Deogracias....

DON DEOGRACIAS.

Pero, hombre, ¡calle! ¡qué guapo es usted! y qué buena cara, y qué.... vamos, vamos, que mi hija.... sí, efectivamente.... vuélvase usted.... muy bien; pues señor, muy bien, y qué alto..... ¿Y qué tal, que tal camino ha traido usted?

BERNARDO.

Muy bueno: he venido con dos religiosos de escelente humor, un andaluz que mentia por los codos, y un buen señor que viene á tomar las aguas del Molar: ello siempre se estaba quejando, pero....

DON DEOGRACIAS.

Vaya, me alegro; y contratiempo ninguno, ni ladrones....

BERNARDO.

Ladrones.... buenos miedos hemos pasado, y ahi en la venta.... ya se ve, tambien da miedo ver algunas caras.... en una palabra, ladrones ha habido; pero á Dios gracias no nos han robado nada.

DON DEOGRACIAS.

Vaya, me alegro; y ¿cuándo ha llegado usted? ¿querrá usted almorzar?

BERNARDO.

No señor, nada; para mí ya es tarde: no he llegado hoy....

DON DEOGRACIAS.

Ya.... ¿Y su padre de usted? dígame usted, dígame usted, ¿cómo queda?

BERNARDO.

Tal cualillo está ahora; y si no fuera por unos dolores reumáticos que le pasean todo el cuerpo, y la gota maldita, y aquel ojo tan rebelde....

DON DEOGRACIAS.

Yo lo creo; pero si se fia de aquellos cirujanos; yo se lo decia: "mira, Benedicto, que esos hombres te van á matar, no los creas;" pero él nada; erre que erre, y que se ha de curar, y que se ha de poner bueno.... ya se ve.... no deja de tener razon.... pero es lo que yo digo, en llegando un hombre á los sesenta años, qué cirujanos, ni qué botica, ni qué....

BERNARDO.

Tiene usted razon.

DON DEOGRACIAS.

Oh si la tengo; tiene sesenta años; y no ve usted que ese es un mal que se va empeorando todos los dias, y le irá comiendo, comiendo.... hasta que dé con él en tierra: siéntese usted (1); deje usted ese sombrero, que si ha de ser usted mi yerno es preciso que dejemos cumplimientos.

BERNARDO.

Como usted guste; tampoco yo soy amigo de monadas, aunque por desgracia tengo á veces tambien que hacerlas, porque hay que vivir con todo el mundo. Por esta misma razon

(1) *Cierra la puerta que da al almacen.*

no he venido antes aquí, porque queria venir á mi satisfaccion, y he tratado de desocuparme antes de visitas. Ya conoce usted á mi tio el canónigo, que está aquí, y no hay fuerzas humanas que le hagan ir á su catedral::::

DON DEOGRACIAS.

Ya sé, ya.

BERNARDO.

Pues, como vine á parar á su casa, y me quiere tanto, fue preciso presentarme en varias casas donde habia hablado muy bien de mí; pero casas de etiqueta, donde juega él sus écartés con los señores mayores y los maridos, mientras que los jóvenes bailamos, ó nos estamos en pie con el sombrero en la mano; para esto se empeñó en que se me hiciese en cuanto llegué un equipage completo de elegante, dos fraques, una levita, un *surtú*.... qué sé yo.... me llevó á todas partes.

DON DEOGRACIAS.

¡Ola! de modo que le ha relacionado á usted.

BERNARDO.

Sí señor: el primer dia estaba atado, no podia moverme; pero como me veían tan bien vestido, no se puede usted figurar las amistades que he hecho; y como tampoco me ha faltado dinero para el café, y otras frioleras.... pero qué, si cuando me compongo, yo no he visto cosa mas ridícula; la primera vez que me ví al espejo no me conocí; unas caderas, un talle.... en fin, un conjunto tan incómodo, que ya tenia ganas de venir aqui para quitármelo.

DON DEOGRACIAS.

Pues ha hecho usted muy mal: ¿usted sabe lo que ha hecho?

BERNARDO.

¡Cómo! ¿pues no acaba usted de decir?...

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, y me espli aré. Soy el mas desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi muger está loca, pero de una locura bastante admitida en la sociedad; se le ha puesto en la cabeza brillar, hacer la marquesa; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda: ella me echa á perder á mi hija; pero qué mas, si á mí mismo, aqui donde usted me ve, con mis años y mi juicio, me hace jugar, y bailar, y ir con ella aqui y allí... y, desengáñese usted, siempre que usted se presente como está ahora, esté usted seguro de llevar calabazas.

BERNARDO.

¿Qué dice usted? Pero es el caso que si tiene esa manía, no querrá casar á su hija con un comerciante; y ya ve usted que aunque yo me vista de capitan general, nunca seré mas que Bernardo.

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, es verdad; pero no importa, quién sabe si la primera impresion... en fin, es preciso que se vaya usted á vestir, que venga usted haciendo muchos gestos, muchos ascos, muchas contorsiones; que hable usted algo de francés, algo de italiano, español poco y mal, y siempre sin fundamento; que baile, que saque un relox de salto de Breguet, que hable

mucho de la ópera, y de París, y si puede ser de Londres; que tenga deudas, que... ya me entiende usted.

BERNARDO.

Demasiado, y felizmente no me será dificultoso, como dure poco esta farsa.

DON DEOGRACIAS.

¿Tiene usted lente y anteojos?

BERNARDO.

No señor.

DON DEOGRACIAS.

Pues cómprelo usted; vamos, pronto.

BERNARDO.

Pero señor ¿para qué? si no los necesito, yo veo claro.

DON DEOGRACIAS.

No importa. ¿Y látigo y espolines?

BERNARDO.

No señor, pero tampoco tengo caballo.

DON DEOGRACIAS.

No importa; por lo que pueda suceder.

BERNARDO.

Pero señor...

DON DEOGRACIAS.

Cómprelo usted.

BERNARDO.

Pero señor á mí me parece... ¿cuánto mas fácil seria que usted, como amo de su casa, manifestase desde luego su voluntad, su decision?...

DON DEOGRACIAS.

Se conoce que no está usted casado; en primer lugar yo no me atrevo con mi muger; y luego ¿qué adelantaria usted con que mi muger me arañase? Por la fuerza, la chica, que

piensa casi como ella, le cobraria á usted odio, y seria peor. Cuánto mejor es hacerse querer, y luego veremos; sabe Dios si podremos hacer carrera de ellas, y corregirlas; déjeme usted á mí, déjese usted llevar.... pero voy á ver.... oigo gente, no vengan, y... (1)

BERNARDO. (2)

Y mi amable desconocida... Yo he retardado todo lo que he podido venir aqui; pero ella tampoco me conoce á mí; resolucion, y dejémoslo. Esta boda es la que me dicta mi interés, la que agrada á mi padre...

DON DEOGRACIAS.

¿Qué hace usted pensativo?

BERNARDO.

Nada.

DON DEOGRACIAS.

Pues aprovechemos tiempo; nadie le ha visto á usted; vuele usted á componerse, y vuelva dentro de una hora; déjese usted llevar.

BERNARDO.

Corriente, vengo en ello gustoso; hasta despues.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS. (3)

Ello es arriesgado.. y yo, que nunca las he visto mas gordas, á la cabeza de una intriga, y una intriga para casar á mi hija; sabe

(1) *Registra y cierra las puertas.*
(2) *Aparte.*
(3) *Volviendo á abrir las puertas.*

Dios cómo saldré de ella; tanto mas cuanto que no suelen ser los padres los que se encargan de este ramo de la casa; luego esto me ahorra una viña con mi muger; no es un ahorro despreciable; pero ella viene; lo mejor es dejarla el campo.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA *y* JULIA.

DOÑA BIBIANA.

Gracias á Dios que nos dejan un momento en paz. ¡Julia!

JULIA.

Mamá...

DOÑA BIBIANA.

Dime, y aquel elegante que te estuvo hablando al oido toda la noche en la calle de Valverde parecia que se inclinaba... ¿no has vuelto á saber? debia ser un caballero, y tú tal vez tan torpe que no harias lo posible por manifestarle...

JULIA. (1)

¡Ah! ¡no sabe bien lo que haria por él!

DOÑA BIBIANA.

Responde; ¿no supiste quién era? ¿no te ha vuelto á seguir?

JULIA.

No he podido saber quién es; pregunté á varias amigas, pero dijeron que le habian pre-

(1) *Aparte.*

sentado aquella noche, que solo sabian que acababa de llegar de fuera, y yo lo creo.

DOÑA BIBIANA.

El iria por casualidad, no era casa de bastante tono para él; lo que siento es que nos haya visto allí, y no en casa de la marquesa.

JULIA.

El domingo cuando fuimos á Misa estaba junto al Buen-Suceso, yo le vi de reojo; en cuanto nos atisvó, si viera usted qué apretarse por entre la gente para estar á nuestro lado; al subir los escalones me tomó la mano...

DOÑA BIBIANA.

¿Y te la apretó?

JULIA.

Sí señora; pero yo hice como que me recataba de usted, y que no me gustaba, y la quité... A pesar de eso toda la Misa estuvo mirando; yo, haciendo como que no lo veía, y todo era darle á usted con el pie, y usted pensando que la pisaba, hasta que tuve que dejarlo. Despues nos siguió, y sin duda al volver la calle hubo de perdernos de vista, porque yo no le volví á ver; y no debe saber nuestra casa.

DOÑA BIBIANA.

Ya se ve, tú tampoco procurarias decírsela.

JULIA.

¡Yo! ¿cómo quiere usted que le dijese?...

DOÑA BIBIANA.

Sí señora, hay modos de decir las cosas; por ejemplo, se dice: "estoy tan cansada; hemos estado en el Prado, y como está tan lejos de

casa; ya se ve, lo último de la calle Mayor, y precisamente el n.° tantos, que cae tan allá..." ¿entiendes?

JULIA.

Sí señora.

DOÑA BIBIANA.

Pues ya lo sabes para otra vez; y ya puedes sacar el vestido de cotepalí, y ese canesú que te acabas de hacer: esta noche hemos de volver... quién sabe si estará alli. ¿Y en esta circuntancia te habias de casar con Bernardo? No será, ó habrá en casa lo que tu padre no quiera oir.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS. (1)

El conde del Verde Sauco pedirme mi hija para casarse.. vaya... es singular; no hace nada que estaba en París... pero yo tengo oido hablar mucho de él: ahi está, sin ir mas lejos, Pascasio mi jardinero que fue criado suyo: es un calavera, está arruinado. ¡Qué boda tan mala seria! No, no, de ningun modo; estos enlaces desiguales solo acarrean la desgracia de los que los contraen; el marido le echa en cara á la muger que es una pleyeba... nunca, nunca; ¿y para qué querrá que nos veamos?

(1) *Escribiendo habla en los intermedios.*

No conviene, me escusaré con un pretesto; le diré que voy de caza hoy mismo. ¡Ola! ¡muchacho!

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS, *un* JOCQUEY.

DON DEOGRACIAS.

Diga usted, ¿es cosa de llevar la respuesta?

JOCQUEY.

Como usted guste; pero, la verdad: entiendo que mi amo debe marchar esta mañana; ahora mismo voy yo á buscarle con el tilbury para dejarle en un coche francés; va por ocho ó diez dias á una casa de campo que tiene junto á Buitrago.

DON DEOGRACIAS. (1)

Qué plan me ocurre tan soberbio; un poco atrevido, eso sí — ¿dice usted que se va por ocho ó diez dias?

JOCQUEY.

Asi lo ha dicho.

DON DEOGRACIAS. (2)

¡Bravo! mi muger y mi hija solo de oidas le conocen; estan entusiasmadas por él... dicho y hecho, en ocho dias hay tiempo para volver el juicio á una muñeca de diez y seis años.

JOCQUEY.

Este hombre es cachazudo.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS.

¿Con que dará usted esta respuesta al señor conde ahora mismo? (1)

JOCQUEY.

Sin duda.

DON DEOGRACIAS.

¿Y despues le deja usted en su coche francés?

JOCQUEY.

Cierto.

DON DEOGRACIAS.

¿Y despues... eh?

JOCQUEY. (2)

Vaya un preguntar. — Y despues, despues, como me quedo libre, no sé lo que haré.

DON DEOGRACIAS.

No lo pregunto con falta de mistero; es preciso esplicarme. Usted parece un escelente sugeto, callado, fiel...

JOCQUEY.

Señor... mi amo no tiene queja alguna de mí.

DON DEOGRACIAS.

Porque... tiene usted cara de serme útil hoy.

JOCQUEY.

En cuanto no se oponga con el buen servicio del señor conde...

DON DEOGRACIAS.

Nada de eso... y por último yo soy agradecido: á duro por hora, todo el dia; tome usted para empezar.

(1) *Le da la carta.*
(2) *Aparte.*

JOCQUEY.

A ese precio mande usted, y no quedará usted descontento del desempeño: ¿qué es lo que hay que hacer?

DON DEOGRACIAS.

Volver aqui en derechura con el tilbury en cuanto haya usted dejado á su amo; si en casa le echan á usted de menos..

JOCQUEY.

Eso corre de mi cuenta: ¿qué mas?

DON DEOGRACIAS.

Pues señor, despues... pero calle usted, es mi muger, silencio.

ESCENA III.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS *y el* JOCQUEY. (1)

DOÑA BIBIANA.

Jesus, Jesus qué infierno de almacen, y parece que hoy han convocado á todos los pesados de Madrid para venir á comprar á casa; y el otro jorobado chiquituelo con una muger de que se pueden hacer tres como él (2): "á ver el tafetan español... este no... mas fuerte... el francés... tampoco, tiene mal negro... un poco mas cuerpo... á ver el gros de Nápoles:" pues, revuelva usted todo el almacen, y luego los descamisados se van sin comprar nada. Es triste cosa estarse moliendo uno que tiene tale-

(1) *Hablando aparte bajo.*
(2) *Remedando.*

gas en obsequio de un cualquiera, que despues de no tener una peseta, todavia tiene la petulancia de darse tono con entrar y salir en estas casas: "y á ver, saque usted, y esto no me gusta, y aquel es feo;" y por último, "quede usted con Dios:" y vuelva usted á doblarlo todo, y... vaya, yo me quemo.

JOCQUEY. (1)

Muy bien, quedo enterado; descuide usted, se hará exactamente.

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA.

DOÑA BIBIANA.

Vamos, tú tambien estas pesado, ¿es cosa de que no almorcemos hoy?

DON DEOGRACIAS.

Muger (2) (ánimo y empecemos la grande obra) estaba contestando, como era regular, al criado del señor conde del Verde Sauco.

DOÑA BIBIANA.

¿El Conde del Verde Sauco? ¿ha vuelto ya de París? ¿y contigo qué asuntos puede...?

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, ha vuelto; mira tú si ha vuelto, que él mismo, en persona va á venir...

DOÑA BIBIANA.

¿A casa?

(1) *A Don Deogracias.*
(2) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS.

A casa; hoy me escribe que atraido por la fama de nuestra Julia, la conoce, y la quiere...

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dices?

DON DEOGRACIAS.

Mira tú si la querrá; me la pide en matrimonio. ¿Eh? ¿qué te parece?

DOÑA BIBIANA.

¿Es posible? ¡Dios mio! yo voy á perder el juicio; ¿mi hija condesa del Verde Sauco? ¿y querias casarla con ese tapicero? habla ahora, si te parece.

DON DEOGRACIAS.

Pero, ¿quién habia de figurarse...?

DOÑA BIBIANA.

Pues ahi verás, ¿quién? yo... habla ahora por Bernardo.

DON DEOGRACIAS.

En verdad, muger, (1) (disimulemos) que en vista de estas cosas, casi me inclino á pensar como tú; en fin, yo le he respondido que puede venir.

DOÑA BIBIANA.

Muy bien hecho, ¿y qué le habias de responder? yo que tenia tantas ganas de conocerle... el primer elegante de Madrid, como quien dice. Julia, Julia, Francisco, Pascasio, ola, criados.

DON DEOGRACIAS.

Ya prendió la yesca.

(1) *Aparte.*

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, FRANCISCO.

FRANCISCO.

Señora, ya está listo el almuerzo desde las diez, y van á dar las doce...

DOÑA BIBIANA.

Déjanos de almuerzo; ¿quién ha de tener gana de almorzar?

FRANCISCO.

Señora... yo no sé... como usted dijo...

DOÑA BIBIANA.

No tenemos otra cosa que hacer mas que almorzar, salvage; mire usted si hay tiempo de almorzar en todo el dia; arregla esas sillas, límpialas.

FRANCISCO.

Si estan limpias.

DOÑA BIBIANA.

No importa, bruto, saca aqui los floreros. Mira, antes ven aqui; esperamos dentro de un instante una visita, un jóven muy elegante; al momento que vaya á entrar vienes tu delante de él, abres la mampara, le anuncias... como se hace en todas partes.

FANCISCO.

Sí señora, pero ¿cómo he de decir?

DOÑA BIBIANA.

¿No lo has oido ya? "El señor conde del Verde Sauco."

DON DEOGRACIAS. (1)

Bien hace en pensar en eso; yo no tenia ya

(1) *Aparte.*

tiempo de avisar á Bernardo; con eso se oirá anunciar, y sabrá quién es.

DOÑA BIBIANA.

Oyes, y para eso ponte la levita azul con el vivo encarnado.

FRANCISCO.

Está muy bien.

DOÑA BIBIANA.

¡Julia! esta chica.... el caso es que yo ya no tendré tiempo de mudarme este vestido.

DON DEOGRACIAS.

No importa, muger: como tú dices, estas en un agradable *negligé* (1).

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA, JULIA.

DOÑA BIBIANA.

Despáchate, hija mia; el conde del Verde Sauco, el que teniamos tanta gana de conocer, que gasta tanto dinero, que juega, que ha tenido tantos desafios, va á venir dentro de muy poco á verte.

JULIA.

Mamá ¿á mí?

DOÑA BIBIANA.

Acaba de escribir á tu padre pidiendo tu mano; ya ves, hija mia, ¿no te alegras? por último he hecho mudar de opinion á tu padre, y conviene conmigo en que esta boda es mejor que la otra. Vamos ¿qué dices?

(1) *Francisco se va despues de haber limpiado las sillas y sacado los floreros.*

JULIA (1).

¡Dios mio!— Sí mamá, me alegro; ¿me voy á mudar?

ESCENA VII.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA, FRANCISCO *anunciando*, y BERNARDO *elegantemente vestido.*

FRANCISCO.

El señor conde del Verde Sauco.

DON DEOGRACIAS (2).

Señor conde del Verde Sauco.

BERNARDO (3).

¿Qué es esto? ¿yo conde?

DON DEOGRACIAS.

¡Señor conde! (4) déjese usted llevar, sí conde, conde (5). Usted haciéndome tanto honor.... ciertamente que me considero muy feliz recibiendo en mi casa al primer elegante de Madrid.... (6) Diga usted algo.

DOÑA BIBIANA.

Señor conde....

BERNARDO.

Señora, yo no soy....

(1) *Aparte.*

(2) *Se adelanta y le coje las manos, procurando unas veces no dejarle hablar, y otras instruirle por lo bajo.*

(3) *Aparte.*

(4) *Bajo.*

(5) *Alto.*

(6) *Bajo.*

DON DEOGRACIAS (1).

Sí, elegante, muchas contorsiones. — Sí señor: á ver, una silla al señor conde. Tengo el honor de presentaros al señor conde del Verde Sauco, de quien acabamos de recibir esa carta pidiéndonos nuestra hija en matrimonio. (2) Hombre, calle usted, y siga usted adelante.

DOÑA BIBIANA.

Señor conde....

BERNARDO.

Pero señora, si.... yo no soy.... (3) Esta ficcion me vuela.

DON DEOGRACIAS (4).

Sí es.

BERNARDO (5).

Bueno. — Señora, yo no soy.... el menos honrado en estas circunstancias.

DOÑA BIBIANA.

Agradezco mucho en verdad tantas atenciones como debemos al señor conde, y creo que mi hija.... — Julia, vamos — participará de mis sentimientos....

BERNARDO.

Señora.... (6).

(1) *Bajo.*
(2) *Bajo.*
(3) *Aparte.*
(4) *Bajo.*
(5) *Aparte.*
(6) *Julia levanta la cabeza, y se ven los dos.*

JULIA (1).

¡Dios mio! ¡él es!

BERNARDO (2).

¡Cielos! mi desconocida: ¡qué fortuna!

DOÑA BIBIANA.

Vamos, hija, ¿qué tienes?

JULIA.

Nada, mamá.

DOÑA BIBIANA.

Saluda al señor conde.

BERNARDO.

Esta señorita me dispensará de haberme tomado la libertad de introducirme tan pronto, y sin contar primero con su beneplácito.

JULIA.

¡Ah! Ciertamente que está usted perdonado.

DOÑA BIBIANA.

Pero el señor es, si no me engaño, el mismo que la otra noche en la calle de Valverde (3) el que te ha seguido.

JULIA (4).

Sí mamá.—Sí... yo conozco al señor conde.

BERNARDO.

Efectivamente, señora, no es esta la primera vez que nos vemos; ni cómo hubiera yo podido de otra manera prendarme de esta señorita, y....

DOÑA BIBIANA.

Sí, noches pasadas; en aquel bailecillo....

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte á Julia.*
(4) *Aparte á doña Bibiana.*

estaria usted de incógnito alli.... el viernes.

BEBNARDO.

Sí, el viernes; en la calle de Valverde, cuarto segundo, un baile de poco mas ó menos: yo no habia ido nunca; pero acababa de llegar; no sabia en qué pasar la noche; un amigo se empeñó en llevarme, y ciertamente no estoy arrepentido, pues tuve ocasion de conocer á ustedes. Pero qué baile.... tampoco habia mas que dos hermosas con quien se pudiese hablar; asi fue que no me separé de ellas en toda la noche.

JULIA (1).

¡Ah! mamá ¡qué guapo, qué fino es!

DOÑA BIBIANA.

¡Ah! á estos que lo son desde la cuna, cómo se les conoce, á legua; no se pueden equivocar.

DON DEOGRACIAS (2).

Por Dios que es casualidad; con que usted las vió, sin saber quiénes eran.

BERNARDO.

Esto es (3).

DON DEOGRACIAS (4).

Vea usted.

DOÑA BIBIANA.

Pues aqui tambien fue casual el ir; pero mi Deogracias habia debido favores en otro tiem-

(1) *Bajo á su madre, mientras que Bernardo y don Deogracias hablan entre sí.*
(2) *A Bernardo.*
(3) *Se dirige á hablar á doña Bibiana.*
(4) *Aparte.*

po al marido de la hermana mayor, la loquilla aquella que estuvo toda la noche bailando con el guardia de Corps, y chichisbeando, y...

BERNARDO.

Sí.

DOÑA BIBIANA.

Y por eso fuimos; pero qué noche pasé....

DON DEOGRACIAS.

Espero, señor conde, que usted querrá acompañarnos á almorzar.

BERNARDO.

¿No han almorzado ustedes todavia? ¡Oh! éso es del gran tono; enteramente como yo.

DOÑA BIBIANA.

Almorzamos tarde, muy tarde.

DON DEOGRACIAS.

¡Oh! el señor conde almorzará por la tarde, como quien dice....

BERNARDO.

Sí señor, no me gusta levantarme por la mañana; almuerzo mi *bistek* ó mi *roksbif* á la inglesa; cómo por la noche á la francesa...

DOÑA BIBIANA.

¿No comerá usted cocido nunca?

BERNARDO.

Señora, cocido... jamas; y ceno....

DON DEOGRACIAS.

Por la mañana, ¿eh?

BERNARDO.

Sí señor.

DOÑA BIBIANA.

¡Cómo me gusta ese arreglo!

DON DEOGRACIAS.

¿Con que almorzará usted con nosotros?

BERNARDO.

Con muchísimo placer.

DOÑA BIBIANA (1).

¿Qué haces? mira que no tenemos quien sirva.

DON DEOGRACIAS.

¿Y qué importa? el señor conde traerá sus criados.

BERNARDO.

Mis criados... efectivamente, los tengo... (2) Este hombre....

DON DEOGRACIAS.

Francisco, el almuerzo; y el jocquey del señor conde que entre.

BERNARDO.

¡Jocquey!

ESCENA VIII.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA, BERNARDO, FRANCISCO *que sirve el almuerzo, el* JOCQUEY.

JOCQUEY (3).

Vengo á saber las órdenes de V. S.

BERNARDO (4).

Pues señor, está visto, hay que dejarse llevar.

DON DEOGRACIAS (5).

Bernardo, por Dios, que es usted el conde

(1) *A don Deogracias.*
(2) *Aparte*
(3) *A Bernardo.*
(4) *Aparte*
(5) *Acercándosele, mientras que ellas se miran al espejo y componen el peinado.*

del Verde Sauco hasta el último trance, ó no se casa usted con mi hija.

JOCQUEY.

Señor, lo que V. S. mande.

BERNARDO.

Me parece que te puedes ir; ó si no te puedes quedar.

JULIA (1).

¡Ay, qué bonito tilbury!

JOCQUEY.

Es el de mi amo el señor conde.

JULIA.

¡Ay qué bonito, mamá, mire usted!

BERNARDO (2).

¿Tambien tilbury? ¿cómo saldremos de esto?

DON DEOGRACIAS.

¿A usted qué le importa? — Vamos, señor conde, siéntese usted.

BERNARDO.

Permítame usted.... Señoras. — Vamos (3), Simon, Pedro... — Mi jocquey, Rodulfo, sírvenos.

DOÑA BIBIANA.

El señor conde nos dará noticias de París.

BERNARDO (4).

Esta es otra.

DOÑA BIBIANA.

¿Cómo deja usted París?

(1) *Asomándose al almacen.*
(2) *A don Deogracias.*
(3) *Buscando para sí un nombre.*
(4) *Aparte.*

BERNARDO.

No hay novedad particular; ya ve usted París....

DOÑA BIBIANA.

¡Oh! yo lo creo; ¿qué ópera nueva se echaba cuando usted vino?

BERNARDO.

Precisamente, cuando yo vine.... ¡oh! muy bonita.

DOÑA BIBIANA.

¿Cómo se titula?

BERNARDO.

La.... la.... la, la, la, ¡qué fatalidad!... no acordarme yo ahora; y todo el dia la estoy tarareando. (1) Por vida de...., — en fin, muy bonita.

DOÑA BIBIANA.

Ya ve usted París.... aquello será un gentío inmenso....

BERNARDO.

Y aqui de ópera ¿cómo estamos?

DOÑA BIBIANA.

Digo que aquello será un gentío.

BERNARDO (2).

¡Vuelta! — Señora, es una confusion; no se puede dar un paso; en fin, es una liorna. ¿Y aqui de ópera?

DOÑA BIBIANA.

Diga usted, ¿y qué vestidos llevan las señoras á los bailes?

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

Bernardo (1).

¡Por vida mia! — Señora, yo no reparo; pero.... sin embargo, muy bonitos.

Doña Bibiana.

Yo lo creo: ¿qué telas son las mas?...

Bernardo.

Sí señora, de varias telas. (2) Estoy frito.

Doña Bibiana (3).

Hija mia, distraido, como todos estos señores.

Bernardo (4).

¿Y la ópera aqui?...

Don Deogracias.

Buena, muy buena; pero desentonan los coros.

Doña Bibiana.

Eso no sucederá en París; ¿no es verdad señor conde?

Bernardo.

Qué, no señora; ya ve usted....

Doña Bibiana.

Ya me hago cargo, alli.... sino que aqui en España, como somos asi.... tan....

Julia.

Al señor conde le gustará mucho hablar de París.... como es tan bueno....

Bernardo.

Sí señora, mucho. — Con que aqui la ópera...

Don Deogracias.

¿Usted no faltará nunca?

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *A Julia.*
(4) *A don Deogracias.*

BERNARDO.

No, porque me guardan mi billete; ello cuesta mas; pero es preciso desengañarse; es imposible concluir con los revendedores. Y usted, señor don Deogracias, ¿no es apasionado de la ópera?

DOÑA BIBIANA (1).

Verá usted cómo dice alguna brutalidad (2).

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, mucho; pero de música...—muger que me atenaceas — yo no entiendo una nota; y me gusta mas ir al Pelayo de Quintana ó al Viejo y la Niña de Moratin que á la ópera.

DOÑA BIBIANA.

¿No lo dije? No haga usted caso, señor conde; mi marido no está en el tono; es un español, muy español, y nada mas. (3) ¡Bruto! tú me has de avergonzar por todas partes.

DON DEOGRACIAS.

Pero muger.... En fin, ¿te gusta el conde?

DOÑA BIBIANA.

¡Qué fino! ¡cómo se conoce que viene de París! ¡qué maneras! á no ser quien es.

ESCENA IX.

Dichos, el sastre BORDERÓ.

BORDERÓ.

Felices, señor don Deogracias. Ola, ¿estan

(1) *Aparte.*
(2) *Le pellizca.*
(3) *A don Deogracias.*

ustedes comiendo ya? ¿irán ustedes á los toros? abur, doña Bibiana (1).

DOÑA BIBIANA.

Caballero, ¡qué franqueza! tenga usted la bondad de reportarse; para la primera vez que me ve usted no deja de tener desembarazo; si busca usted á mi marido... vamos, hombre, despacha al señor.

BORDERÓ.

La primera vez que la veo... ¡ah! ¡ah! ¡ah! señora, perdone usted; yo pensé que el sastre Borderó, como antiguo parroquiano...

DOÑA BIBIANA.

Deogracias, ¡qué impertinencia! usted, señor conde, escusará...

BERNARDO.

¡Señora!

BORDERÓ.

¡Señor conde! ola, esta casa va subiendo como la espuma.

DON DEOGRACIAS. (2).

No haga usted caso de mi muger.

BORDERÓ.

No, no vale la pena. Vengo por el terciopelo *gris-perle*, y es preciso...

DON DEOGRACIAS.

Hombre, si pudiera usted volver, porque... la verdad, estamos en este momento haciendo los honores al señor conde del Verde Sauco, que almuerza con nosotros.

(1) *La da en el hombro.*
(2) *Le lleva al lado opuesto.*

BORDERÓ.

El conde del Verde Sauco: ¿ha venido ya? ¿quién es, aquel?

DON DEOGRACIAS.

Sí señor; pero, hombre, no mire usted con ese descaro: con que vuélvase usted á otra hora.

BORDERÓ.

¡Qué casualidad! precisamente le ando buscando por todas parte, porque desde que se fue á París me dejó una pella de cuatro mil rs. por un *surtú*, un *habit de chasse y un corsé...*

DON DEOGRACIAS.

Hombre, en mi casa... ¡estamos frescos! (1) esto es lo que yo no habia calculado.

BORDERÓ.

Quite usted, verá usted. — Señor conde, señor conde del Verde Sauco.

BERNARDO. (2)

¡Diantre! apenas he tomado posesion del título, y ya todo el mundo me conoce.—¿Qué quiere usted?

DOÑA BIBIANA.

¡Qué insolencia!

BORDERÓ.

¿V. S. es el señor conde del Verde Sauco..?

BERNARDO.

Sin duda, vamos, acabe usted.

BORDERÓ.

Señor, soy el sastre Borderó, me he presentado varias veces en la fonda donde está V. S.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

BERNARDO. (1)

En la fonda. Esto es cosa del padre; bueno.

BORDERÓ.

Y siempre me han despedido, ese mismo criado que trae V. S.; que V. S. no estaba visible, que tal, que...

JOCQUEY.

Las órdenes del señor conde.

BERNARDO.

Bien, está bien; calla tú; ¿y qué?

BORDERÓ.

Yo he respetado esas órdenes... pero al fin tengo aqui una letra aceptada por V. S. y endosada á mi favor, cuyo término ha espirado.

DON DEOGRACIAS. (2)

Por san Telmo; lo hemos echado á perder.—Señor Borderó, el señor conde está en mi casa ahora, y...

BERNARDO. (3)

¡Como disimulan!—Corriente... esa letra... veamos: (4) este es golpe del padre; de gentes elegantes es tener acreedores, y él me ha encontrado uno en un momento.—Bien, cierto; pero ¿qué tengo yo que ver con esto? Es verdad que yo he contraido la deuda, pero ¡qué! ¿quiere usted que yo tambien la pague? ¿Lo he de hacer yo todo? Véase usted con mi contador; los hombres de mi clase no acostumbra-

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *La ve, y dice aparte.*

mos á pagar las deudas nosotros mismos; ó cree usted que soy un cualquiera.

BORDERÓ.

Ya sé que va mucha diferencia; pero está sentada en el consulado, y me seria muy sensible que por un asunto de esta clase se viese V. S. detenido...

DON DEOGRACIAS. (1)

Malo, todo se va á descubrir.

BORDERÓ.

Y preso en el consulado...

DOÑA BIBIANA *y* JULIA.

¡Preso!

BERNARDO.

Señoras, este hombre está loco; ¿á mí? no es posible; y ¿á qué sube, una talega, ó dos?

BORDERÓ.

Nada de eso... la bagatela de cuatro mil rs.

BERNARDO.

¿Y para eso me viene usted á romper la cabeza? ¡habrá insolencia!

BORDERÓ.

Señor, es verdad; pero V. S. lo debe...

BERNARDO.

Demasiado honor le hago á usted en acordarme de él para que me sirva, y para deberle, y para... en fin, eso es una futesa; ahi está el señor don Deogracias, tengo cuenta abierta con él; él se lo dará á usted. — Señoras, sigamos.

DON DEOGRACIAS.

¿Cómo, cuatro mil rs. yo?

(1) *Aparte.*

DOÑA BIBIANA.

Sí, hombre; ¿qué puedes rehusar al señor conde? ¿y qué entiendes tú de eso, y de los estilos de etiqueta... dalo?..

BERNARDO.

Efectivamente, es tan poca cosa, que yo, en igual caso, por usted...

DON DEOGRACIAS.

Sí, pero usted cree que esto es chanza, y en este momento estoy en una situacion tan crítica... (1) tambien renunciar á una intriga que se presenta tan bien... tal vez se logre cobrarlo del conde verdadero... en fin — Señor Borderó, venga usted conmigo.

BORDERÓ.

Mire usted que ya que estoy aqui, me es indispensable llevar el *muaré*...

DON DEOGRACIAS.

Mi muger se lo dará á usted. — (2) Voy á dejarle á usted solo con ella, haré llamar á mi muger...

BERNARDO.

Corriente, y siéntelo usted en el libro.

ESCENA X.

DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO, JOCQUEY.

BERNARDO.

Estos tunantes piensan que no tiene uno otra cosa que hacer sino atender á sus impertinencias.

(1) *Aparte.*
(2) *A Bernardo.*

Doña Bibiana.

Señor conde, ¿qué quiere usted? no tienen principios, ni educacion... un sastre... como usted ha dicho muy bien, les hacen ustedes mucho honor en mirarlos, y mucho mas en que puedan decirse sus acreedores.

Bernardo.

¿Quién lo duda? sino que es una canalla desconocida, y...

ESCENA XI.

Dichos y Francisco.

Francisco.

Señora, mi amo la llama á usted por un momento.

Doña Bibiana.

Jesus, ¡qué hombre! ¿he de dejar al señor conde?

Bernardo.

Señora, sé lo que es el comercio; por mí no deje usted de hacer lo que se le ofrezca, seria ofenderme.

Julia. (1)

Me dejan sola con él.

Bernardo. (2)

Ha llegado el momento, y no se puede despreciar esta ocasion.—Rodulfo, á cuidar del tilbury.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

ESCENA XII.

JULIA y BERNARDO.

BERNARDO. (1)

Julia, qué ocasion tan feliz, y qué dicha la mia la de poder ofrecer á usted mi amor: ¿está usted triste? ciertamente; ¿qué tiene usted, Julita? ¿le desagrada á usted este paso? — (2) Qué trabajo me cuesta fingir con ella tambien; ¡ah! se paga del rango. — ¿No me quiere usted contestar?

JULIA.

Señor conde, usted nos hace tanto favor, que no puedo menos de estarle agradecido, de quererle bien...

BERNARDO.

Favor, agradecimiento... es decir que no me ama usted; si usted me amara... los amantes nunca se hacen favor en amarse; la clase es para ellos despreciable.

JULIA.

¿Y usted cree que para mí no lo es? diga usted, cuando usted me seguia ¿sabia yo que era usted conde, y mis ojos no le decian bastante claro que no me era indiferente?

BERNARDO.

¡Qué oigo! es decir que aunque yo no fuera el conde del Verde Sauco me amaria usted.

(1) *Cogiéndola las manos, y adelantándose sobre la escena.*

(2) *Aparte.*

JULIA.

Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una muger; pero ya que antes de hablarnos le habia dado á usted algunas muestras de inclinacion, debo hablar. Si usted no me hubiera dado una prueba como esta de amor, creeria, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no apreció sino el oropel; pero ¡ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Sauco me pedia; se me cayó el alma á los pies, disimulé; pero acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afan de mi madre... y solo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazon estimaba en secreto fue cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

BERNARDO.

Julia, ¿será cierto? — (1) Y he de hacer el tramposo, el loco á los ojos de esta muger? No. — Julia, sepa usted...

JULIA.

¡Ay! alce usted: ¡por Dios! Papá viene.

BERNARDO.

Julia, si usted me quiere...

JULIA.

Sí, sí, cuente usted con mi amor; pero alce usted.

(1) *Aparte.*

BERNARDO. (1)

Padre maldito, ¿por qué tan pronto? hubiera sabido quién soy, que no tengo acreedores...

ESCENA XIII.

JULIA, BERNARDO, DON DEOGRACIAS.

DON DEOGRACIAS.

Señor conde, está usted servido, y aquí tiene usted el recibo.

BERNARDO.

Guárdelo usted; ya nos entenderemos.

JULIA.

Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

BERNARDO.

Julita, usted nunca es un obstáculo...

JULIA.

No importa; hasta despues, señor conde.

BERNARDO.

Agur, preciosa Julia.

DON DEOGRACIAS.

Bien, anda, ahora vamos allá. (2) Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.

ESCENA XIV.

DON DEOGRACIAS, BERNARDO.

DON DEOGRACIAS.

Amigo Bernardo esto...

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

BERNARDO.

Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he perdido el tiempo; pero qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y...

DON DEOGRACIAS.

Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted...

BERNARDO.

Sí, si ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

DON DEOGRACIAS.

Pero si no...

BERNARDO.

Es claro, si no, no se podia hacer bien; hubieran sospechado...

DON DEOGRACIAS.

No señor...

BERNARDO.

No; asi, cómo es posible que den en ello. Pues señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no solo he visto que me quierè, sino que la he fondeado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querria: ella misma me lo ha dicho, ahora, aqui, cuando usted vino... y aquel aire de candor... no, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto...

DON DEOGRACIAS.

Cómo un torpe, todavia, despues de soltar cuatro mil rs.

BEBNARDO.

Déjese usted de bromas; sí señor; ni yo

puedo ya fingir mas; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

DON DEOGRACIAS. (1)

Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

BERNARDO.

No importa, la chica será mia.

DON DEOGRACIAS.

Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil rs. y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

BERNARDO.

Pero queriendo usted y la chica...

DON DEOGRACIAS.

Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi muger no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locos, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel, que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aqui pueden volver y oirnos; en mi cuarto le acabaré á usted de esplicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido, y en fin, vamos, vamos á mi cuarto.

(1) *Le detiene.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DEOGRACIAS *y despues* PASCASIO.

DON DEOGRACIAS.

Es preciso, sí, mi muger es el diablo. Pascasio, Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

PASCASIO.

Señor.

DON DEOGRACIAS.

Mira, tú has sido criado del conde del Verde Sauco, ¿eh?

PASCASIO.

Si señor, ya sabe usted que de su casa vine aqui, que la dejé porque nunca veía un cuarto de mis salarios, porque todo el dia me traía hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenia su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa.

DON DEOGRACIAS.

Bueno, bueno, ya me lo has hicho.

PASCASIO.

Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

DON DEOGRACIAS.

Bueno, bueno. Mira, Pascasio, tú eres hombre callado.

PASCASIO.

Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

DON DEOGRACIAS.

No, no me has dado ningun motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que ya que conoces al conde no descubras un proyecto que traigo entre manos.

PASCASIO.

Señor, ya sabe usted que yo...

DON DEOGRACIAS.

Sí, bien, te lo esplicaré; ven á mi cuarto.

ESCENA II.

EL CONDE DEL VERDE SAUCO, SIMON, FRANCISCO.

FRANCISCO (1).

Aun tardarán, porque se estan peinando; pero pasen ustedes aqui.

CONDE.

Mejor estaremos aqui que en esa antesala maldita.

SIMON.

Pero, señor, todo un conde del Verde Sauco andar en estos misterios y disfraces: ¿será posible que el amor le tenga á V. S. tan turbado, que no cocozca que se pone en el caso de hacer un papel ridículo?

CONDE.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! no lo entiendes.

(1) *Abriéndoles la mampara.*

SIMON.

¿Se rie V. S.? pues cierto que es cosa de risa.

CONDE.

¿No quieres que me ria, si no sabes de la misa la media? amor, dices. ¿Cuándo me has visto tu enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo, muy antiguo.

SIMON.

Pues, señor, entonces no alcanzo qué fin puede V. S. llevar en introducirse asi en casa de unos simples comerciantes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aqui una rigorosa antesala, que V. S. mismo no se la hace hacer á un...

CONDE.

Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en esta intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á tí. ¿Tú sabes cómo andan mis negocios?

SIMON.

Sí señor, lo sé.

CONDE.

¿Que no tengo mas esperanzas que las que me hace concebir mi tia, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavia una porcion de años?

SIMON.

Sí señor.

CONDE.

¿Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba antes de ir á París, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, ¿qué

remedio? un hombre de mi clase .. es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familía, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *Hôtel* carísimo... luego esas niñas no estan contentas sino se les regalan todos los dias, cuando las pulseras de diamantes, cuando el aderezo, cuando un relox; ni yo puedo hacer alto en eso: en una palabra, tú conoces las mugeres, y sabes como yo que para ser querido...

SIMON.

Sí señor, sí señor.

CONDE.

Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad, es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi contador, que hablando aqui para entre los dos es un solemne pícaro.

SIMON.

Sí señor.

CONDE.

Pero un pícaro que no puedo despedir, porque como no es moda tomar uno mismo sus cuentas, despues de robarme tiene la habilidad de probarme que todavia le debo dinero y favores; pues, señor, tuve que volverme cuando este tal me escribió que no habia mas fondos; que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al cabo del año vino para llenar una botella, y que los acreedores le agoviaban, y era preciso...

SIMON.

Ya, ya entiendo.

CONDE.

Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el mundo lo sepa ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes; de modo que el único medio que me quedaba de evitar una quiebra vergonzosa, que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa, no hay que pensar en él; he reconocido mis asuntos, estoy cada vez mas abrumado; con esto de no tener casa en Madrid, y estármela haciendo, tengo que estar en una fonda; he visto que es preciso un medio estraordinario para salvar mi honor; he tirado mis líneas por varias partes; estos son unos comerciantes riquísimos; la madre es loca por brillar, y lo puede todo con su hija, como todas las madres; el padre es otra cosa; pero esto ¿qué importa? al fin es su marido, y sobre poco mas ó menos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

SIMON.

Ya, ya; ¿y trataria V. S. de casarse?...

CONDE.

¿Y por qué no? me parece que no soy el primero de mi clase...

SIMON.

Nada, nada: V. S. lo hace, bien hecho está. Pero entonces, hay mas que presentarse cara á cara, porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un

usía mas ó menos; son unos tontos, y no habian de rehusar...

CONDE.

Ellas no; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa; pensando yo como tú, con la esperanza de deslumbrarle, le escribí pidiéndole su hija...

SIMON.

¡Cáspita! de buenas á primeras. ¿Y qué respondió?

CONDE.

Lo que yo no podia esperar; que le es imposible acceder á mis deseos, por estar comprometido con un tal Bernardo, hijo de un amigo suyo Don Benedicto Pujavante, de Barcelona, y que aunque no le conocen, la chica está enteramente á su favor, por la fama de sus buenas prendas; y que no podia verse conmigo, porque iba de caza.

SIMON.

¡Y que haya V. S. sufrido ese bochorno! Y ahora ¿qué quiere V. S. hacer con venir y entrar, si la chica tiene novio, si el padre no quiere?...

CONDE.

Hay que mudar de plan; dime ¿te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota, que fue dos veces á verme en Barcelona, ahora á mi vuelta de París?

SIMON.

Sí señor, sí, pues no me tengo de acordar.

CONDE.

Pues aquel es el tal Don Benedicto, co-

merciante en tapices, con quien tenia yo asuntos de dinero, y le conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo tambien tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad seria que viniese ahora mismo.

SIMON.

¡Calle! ¿y seria posible?...

CONDE.

Y muy posible, ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres dias lo menos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya estan prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fio en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica, no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento antes me declaro á la madre; es loca, y este es su flanco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, ¿por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho ¿qué ha de hacer? ceder y soltar los millones del dote.

SIMOM.

¡Sopla! el plan no es malo; pero ¿qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la

voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

CONDE.

Sí señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho dias que hace que estoy de vuelta, apenas he ido á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; sino buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jocquey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creido.

SIMON.

Bueno, bueno: asi ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

CONDE.

Retírate, pues; déjanos solos.

ESCENA III.

EL CONDE, DOÑA BIBIANA, JULIA.

DOÑA BIBIANA.

Pues tienes muy mal gusto, todo elegante debe tener deudas. Caballero, buenas tardes (1). Julia, ¡qué traza de hombre! ¡qué figura tan ordinaria!

CONDE.

Señoras, á los pies de ustedes: (2) ¡qué gesto!

(1) *Bajo.*
(2) *Aparte.*

DOÑA BIBIANA (1).

A los pies de ustedes, ¡qué vulgaridad tan vieja! — ¿qué se le ofrece á usted?

CONDE (2).

No sé como empezar. — Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

DOÑA BIBIANA.

¡Doña Bibiana! ¿de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

CONDE (3).

Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no. — ¿Señora, no vive aqui don Deogracias de la Plantilla?

DOÑA BIBIANA.

Sí señor; ¿y qué?

CONDE.

Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

DOÑA BIBIANA.

Vuelta con doña Bibiana: ¡qué grosería! ¿no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

CONDE (4).

¡Malo! maldita equivocacion; sin embargo. — Concha, es verdad, señora, disimuleme usted; acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendacion, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traía este nombre en la cabeza; pero qué tontera la mia, mire us-

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Aparte.*

ted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (1) ¡Qué frialdad!

DOÑA BIBIANA.

¿Es usted don Bernardo?

CONDE.

Sí señora.

DOÑA BIBIANA (2).

Julia, qué ocasion de venir.

JULIA.

Ay, ¡mamá!

CONDE.

Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (3) no me escuchan.

DOÑA BIBIANA (4).

Si pudieramos echarle; que no le viera Deogracias... quién sabe si volveria atrás... voy á decirle que no está en casa.

CONDE (5).

¡Cielos! ¡qué recibimiento! — Como don Deogracias está...

DOÑA BIBIANA.

Caballero, mi esposo está fuera; y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro, en ese caso... porque, la verdad, aunque he oido hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de

(1) *Aparte.*
(2) *A Julia.*
(3) *Aparte.*
(4) *A Julia.*
(5) *Aparte.*

Barcelona, ignoro qué asuntos puede tener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

CONDE (1).

¡Malísimo! — Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que usted se halle ignorante de los planes de su esposo; ademas de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

DOÑA BIBIANA.

¿Quién? ¿usted? ¿casarse con mi hija? caballero, usted delira; con el hijo de un tapicero; cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella me es imposible recibir á nadie; (2) con esto se irá pronto; estoy en brasas.

CONDE.

¡Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria, y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

DOÑA BIBIANA.

¡Qué grosería! insultar todavia á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahi á ese hombre. ¡Qué moda-

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

les! ¡Qué diferencia de este al conde! al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

CONDE (1).

¡Qué rabia! si pudiera hablar á la hija — Señorita, señorita... ¿usted tambien?...

JULIA (2).

No me gusta nada, pero me da lástima. — Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

CONDE.

¡Ah, Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

JULIA.

Déjeme usted. (3). ¡Cielos! si viniera el conde.—Déjeme usted, mamá estará esperando.

CONDE.

Y bien, ¿qué debo hacer? usted considera el conflicto en que quedo.

JULIA.

¡Dios mio! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... ¿qué quiere usted que le diga? ¿no oye usted? que me llama ¡ay! allá voy.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

CONDE.

Julia, un momento todavia; ¿dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento (1).

JULIA.

No puedo; tenemos una visita de cumplimiento; está ahi el conde del Verde Sauco, agur.

CONDE.

¿Cómo? ¿el conde del Verde Sauco ha dicho usted? ¡Julia, Julia!

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Cielos! ¡y que me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fue una escusa. ¡Qué colera! y en esta circunstancia ¿qué hacer? adios esperanzas y dote. Pero, y este conde del Verde Sauco, estoy curioso; mas gente viene por aqui; ¿será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS, BERNARDO, PASCASIO, *el* CONDE *metido en el cenador.*

DON DEOGRACIAS. (2)

Pues anda listo, que se va á cerrar la ter-

(1) *De teniéndola.*
(2) *A Pascasio.*

cena; mira que estoy sin rapé; que sea bueno, del de primera; y á casa de don Pedro con él, que alli te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

PASCASIO.

Señor, está bien.

ESCENA VII.

Dichos, menos PASCASIO.

BERNARDO.

¿Es posible? ¿con que no era ficcion? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DON DEOGRACIAS.

¿Qué habia de ser? no señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personage.

BERNARDO.

La fortuna es que el mismo conde del Verde Sauco lo pagará...

CONDE (1).

Hablan de mí...

DON DEOGRACIAS.

¿Qué ha de pagar?

BERNARDO.

¿Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...

CONDE (2).

¿Qué deuda es esta?

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS.

No señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

CONDE (1).

Para descubrirme en esta casa.

DON DEOGRACIAS.

No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera...

CONDE (2).

¡Brabo!

DON DEOGRACIAS.

En fin, es seguro que no pagará; á mí tampoco me importaria, como se lograse el objeto; pero si despues mi muger no cede, si mi hija Julia...

CONDE (3).

¿Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: ¡qué de engaños!

BERNARDO.

Pero hombre, ¿cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

CONDE (4).

¿Qué escucho?

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, le querrá á usted mucho...

BERNARDO.

Pues no me ha de querer; yo me voy á

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Aparte.*

descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

CONDE (1).

¡Hola!

DON DEOGRACIAS.

Volvemos á las andadas.

BERNARDO.

Pero señor don Deogracias de mi alma, ¿hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

DON DEOGRACIAS.

Hasta mañana; no pido mas tiempo.

BERNARDO.

Pero ya ¿qué pretende usted?

DON DEOGRACIAS.

Sí señor, pretendo todavia. Mire usted, venga usted acá, santo varon, no nos oigan. Esta noche, mi muger y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted como le he dicho que mi muger me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

BERNARDO.

Sí, acabe usted.

DON DEOGRACIAS.

Bueno, pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el baron del Tahurete, ese truhan....

BERNARDO.

Sí señor.

DON DEOGRACIAS

Pero, se me olvidaba; en primer lugar us-

(1) *Aparte.*

ted no puede ir á esa sociedad tratando de pasar todavia por el...

BERNARDO.

Adelante.

DON DEOGRACIAS.

Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va á donde quiere...

BERNARDO.

Bueno, adelante. Usted, usted, ¿qué hace?

DON DEOGRACIAS.

Pues yo, como le he dicho á usted....

CONDE (1).

Oigamos.

DON DEOGRACIAS.

Fingo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando esten menos prevenidas.... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

BERNARDO.

Por Dios, adelante.

DON DEOGRACIAS.

Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

BERNARDO.

¡Dios mio! vamos.

DON DEOGRACIAS.

Hombre cachaza: ¿no nos oyen?

BERNARDO.

No señor, ¿qué han de oir? ni una alma.

DON DEOGRACIAS.

Pues señor, entonces... pero, calle usted, mí hija.

(1) *Aparte.*

BERNARDO.

Por vida del plan...

DON DEOGRACIAS.

Lo ve usted cómo hacia yo bien en irme contiento; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

BERNARDO.

Don Deogracias...

DON DEOGRACIAS.

Pero, hombre, sí vuelvo.

ESCENA VIII.

BERNARDO, *el* CONDE *y luego* JULIA.

CONDE (1).

Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aqui.

JULIA.

Señor conde.

CONDE (2).

¡Conde! ¡bravo!

BERNARDO.

Ah, Julia: soy feliz; ciertamente que para el primer dia que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

JULIA.

Ah, si me fuera permitido creer que el conde del Verde Sauco me ama tan deveras como dice...

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

CONDE (1).

¿Qué oigo? ¿del Verde Sauco?...

BERNARDO.

Julia, ¿puede usted dudar de mi amor?

CONDE (2).

¿Y yo he de sufrir esto?

JULIA.

No; dudar, nunca; pero, qué se yo; métido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, ¡qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada!

BERNARDO.

Verdad es, muchos atractivos tiene el mundo; pero crea usted, Julia mia, que desde que la amo, nada hay que pueda distraerme.

JULIA.

Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que es usted valiente: ¿ha tenido usted muchos desafios?

BERNARDO.

Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

JULIA.

¡Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

BERNARDO.

¿Por qué lo ha de suponer usted, cruel, pudiendo usted asegurarlo? ¿no la tengo ya?

JULIA.

Sea asi, y diga usted, ¿en ese caso tendria usted valor?...

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

BERNARDO.

¿Quién lo duda? el honor...

JULIA.

¿De irse á matar?

BERNARDO.

El honor...

JULIA.

¡El honor! ¿y para tener honor es preciso ser un bárbaro? cruel, ¿y me quiere usted?

BERNARDO.

Pero, Julia mia, usted misma me despreciaria si viese que era capaz de rehusar un lance de honor: ¿no es verdad?

CONDE (1).

No puedo sufrir mas; yo le desafiaré. Pues he acertado en mudarme el nombre (2).

BERNARDO.

¿No responde usted?

JULIA.

No me ama usted.

BERNARDO.

¡Julia mia!...

JULIA.

Mire usted que viene mamá.

(1) *Aparte.*

(2) *Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que despues rompe; deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la esquela, y se va escurriendo hácia la puerta hasta marcharse.*

ESCENA IX.

BERNARDO, JULIA, DOÑA BIBIANA.

DOÑA BIBIANA.

Sigan ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

JULIA.

Mamá, no sé por qué dice usted eso.

BERNARDO.

Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

DOÑA BIBIANA.

¿Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban?

JULIA.

Sí por cierto; decia al señor conde que no me gustan algunas modas, como los desafios.

DOÑA BIBIANA.

Julia, no me parece que es esa la educacion que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

BERNARDO.

Señora, dice muy bien: (1) ¡qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.

JULIA.

¿Pero, mamá, los desafios?... aqui viene papá, verá usted cómo es de mi opinion.

(1) *Aparte.*

ESCENA X.

Dichos y Don Deogracias.

Julia.

Papá, llega usted á tiempo.

Don Deogracias.

Dí, hija mia, ¿para qué?

Julia.

Dígame usted; si tuviera usted una querida, y le desafiasen, tendria usted valor de dejarla, y...

Doña Bibiana (1).

¡Bruto! no vayas á decir alguna gansada... mira que está delante el señor conde...

Bernardo.

La verdad, don Deogracias.

Don Deogracias. (2)

Es fuerza disimular.

Julia.

Papá, ¿lo piensa usted tanto?

Don Deogracias.

Hija mia, te diré; un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lances de honor, y antes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

Doña Bibiana (3).

Ya se va civilizando.

Julia.

¿Lo cree usted asi? ¿de veras?

(1) *Bajo á don Deogracias.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS.

¿Y por qué no? un hombre bien nacido...

JULIA.

¡Maldito nacimiento!

ESCENA XI.

Dichos, y SIMON *con una esquela.*

DON DEOGRACIAS.

¿A quién busca usted?

SIMON.

¿El señor conde del Verde Sauco está aqui?

BERNARDO. (1)

¡Qué nueva diablura! don Deogracias...

DON DEOGRACIAS (2).

Responda usted.—(3) Si será otro sastre.

BERNARDO.

¿Qué tenia usted que mandarme?

SIMON.

¿Es usted?

BERNARDO.

Sí señor; ¿no me ve usted?

SIMON.

Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquela para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.

BERNARDO (4).

Cierto... al conde del Verde Sauco... (5) al-

(1) *Aparte.*
(2) *Bajo á Bernardo.*
(3) *Aparte.*
(4) *La toma.*
(5) *Aparte.*

guna entruchada del padre. —(1) Esto es tambien del plan...

DON DEOGRACIAS (2).

¡Puede! vamos que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.

JULIA.

¡Dios mio! lo que me dice el corazon. Señor conde, señor conde, ¿me permite usted leérsela?...

DOÑA BIBIANA.

¡Julia! pero niña; ha visto usted, ¡qué grosería! ¿donde se ha visto?...

JULIA.

Mamá, si es un favor... nada mas... se lo pido á usted.

BERNARDO.

Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada; (3) sea lo que fuere.

JULIA.

Ay, y qué deprisa se conoce que lo han escrito, y está con lapiz. (4) "Señor conde, le supongo á usted un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á quien ha ultrajado, le pide una satisfaccion..." ¡Dios mio! mi corazon me lo decia. (5)

(1) *A don Deogracias, bajo.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Lee.*
(5) *Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando.*

BERNARDO.

¿Una satisfaccion? déme usted, cierto; y en el café de... á las... ¿yo?

DON DEOGRACIAS (1)

¡Bueno¡ á mí se me habia olvidado; un desafío era indispensable: por eso traeria él la conversacion.

BERNARDO (2).

¿Quién le envia á usted? porque esta firma...

SIMON.

Señor, lo ignoro.

BERNARDO. (3)

¡Ba, ba, ba! (4) Don Deogracias... aquella maldita interrupcion del plan... pero ya estamos al cabo de la calle, ¿he?

DON DEOGRACIAS (5).

Sí que no hubiera dado en ello; pues lerdo es el niño.

BERNARDO (6).

Es mucho don Deogracias. —Pero ¡Dios mio! Julita...

JULIA.

Déjeme usted... desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazon.

DOÑA BIBIANA.

Hija mia...

(1) *Aparte.*
(2) *A Simon.*
(3) *Aparte.*
(4) *A don Deogracias, bajo.*
(5) *Aparte.*
(6) *Aparte.*

BERNARDO.

Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo menos.

JULIA.

¡Un ojo menos!

BERNARDO.

Pues, un ojo menos y unas botellas. —(1) Bien está, bien; dígale usted al sugeto que no faltaré.

JULIA.

¿Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, ¿y me abandona usted?

DON DEOGRACIAS.

Hija mia, es preciso dejar correr las cosas, ya te casarás con el señor; pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor, todo lo exige; el señor conde no es un cualquiera.

BERNARDO.

Julia, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde...

DON DEOGRACIAS.

Efectivamente, señor conde, y pareceria muy mal que por una niña se dejase usted silvar por sus iguales; debe usted romperse, no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera: es una moda muy puesta en razon... y tal vez será porque le haya usted quitado la acera; ¡oh! sí, sí; en ese caso, ¿cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo seria su padrino.

(1) *A Simon.*

BERNARDO.

¿ Pero se va usted ?

JULIA.

¡ Papá !

DON DEOGRACIAS.

Pero ¿ qué quieren ustedes que haga yo ; al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

JULIA.

Deténgale usted : es posible que sea yo tan desgraciada : ¡ ah , maldito honor !

BERNARDO.

Don Deogracias , don Deogracias , ya es tarde ; corre como un muchacho. Pero Julia, no se aflija usted , tal vez no se realizará : si es costumbre bárbara , los que la tienen procuran suavizarla : estas cosas son menos de lo que parecen... (1) Señora , le dejo á usted este sagrado depósito, y marcho á mi obligacion.

JULIA.

¡ Mamá ! ¡ ay ! ¡se va, y todos le han dejado ir ! ¡ Dios mio ¡ ¿ qué le irá á suceder ?

DOÑA BIBIANA.

Vamos, niña, ¿qué le ha de suceder ? te vas haciendo muy imprudente ; mire usted si no ha de ir á un desafio ; pues ¿ hay cosa mas racional ? Pues si antes el conde ha insultado al otro, para repararlo y desagraviarle ¿ no le ha de romper despues la cabeza ? Ven , te echarás. ¡ Francisco ! ¡ muchacha ! — Ven, hija mia ; sosiégate, bebe un poco de agua y vinagre : eso no es nada , un desafio es para un elegante el pan nuestro de cada dia.

(1) *A doña Bibiana.*

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO, FRANCISCO.

BERNARDO.

¡Hola, Francisco!

FRANCISCO.

Señor.

BERNARDO.

¿Ha vuelto ya don Deogracias?

FANCISCO.

Y ha vuelto á salir.

BERNARDO.

¿Vendrá pronto?

FRANCISCO.

Me parece que no, porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y alli ya se sabe, una hora, lo menos.

BERNARDO.

¡Qué hombre! cierto que es calma. ¿Y las señoras?

FRANCISCO.

La señorita está mejor. Cuando V. S. se fue, se echó, no quiso comer; pero despues tanto le dijo su madre, que fue preciso levantarse, y emperejilarse... y en el tocador estan disponiéndose para la noche.

BERNARDO.

Bueno, vete; cuando venga don Deogracias, si no entra por aqui, avísame.

FRANCISCO.

Bien está.

ESCENA II.

BERNARDO, *solo.*

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; ¿quién habia de decir que habia de ingeniarse tanto? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafio es escelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel ángel; aquellas lágrimas me partian el corazon, porque aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esta precision de matarse á cada instante por un quítame allá esas pajas. Pero ¿quién es?

ESCENA III.

BERNARDO, *el* CONDE *entrando.*

CONDE. (1)

Aqui está mi hombre.

BERNARDO (2).

Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.

CONDE.

Caballero, palabra.

BERNARDO. (3)

¡Qué diablo de hombre!

CONDE.

¿Usted es el señor conde del Verde Sauco?

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

BERNARDO. (1)

¡Caspita! yo no salgo de aqui; fuera no hago este papel; es cosa de Don Deogracias; y sin avisarme...

CONDE.

Caballero, ¿oyó usted que le hablé?

BERNARDO.

Ah, sí; perdone usted, estaba distraido.

CONDE.

Pregunto si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Sauco.

BERNARDO.

Sí señor, yo soy.

CONDE.

Muy señor mio:—(2) tengo de apurarle:—en ese caso, ya podremos hablar. ¿Habrá usted recibido una esquelita?

BERNARDO.

Sí señor:—(3) esto me huele mal; á ser broma ¿á qué seguirla?...

CONDE.

¿Y bien?

BERNARDO.

¿Qué?

CONDE.

Se le citaba á usted:—(4) es cobarde, y puedo gallear.

BERNARDO.

Sí señor.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Aparte.*

CONDE (1).

Apuradillo está.—¿Y bien?

BERNARDO.

¿Qué?

CONDE.

Que usted no ha asistido.

BERNARDO.

Verdad que no.

CONDE.

Y entre hombres de honor, debe usted saber que... ¿eh?

BERNARDO (2)

¡Diantre!—Cierto, pero un compromiso... si usted gusta podemos...

CONDE.

No señor, para qué; yo soy un hombre despreocupado, yo riño en cualquier parte: me parece que ese jardin...—(3) con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.

BERNARDO.

Hombre, ¿aqui? esta no es mi casa.

CONDE.

Sí señor, aqui; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.

BERNARDO.

Hombre...

CONDE. (4)

Ya le tiemblan las pantorrillas.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Saca las pistolas, y dice aparte.*
(4) *Aparte.*

BERNARDO. (1)

Este empeño de que ha de ser aqui... vaya, esto es broma; las pistolas no estan cargadas sino con pólvora, y Don Deogracias quiere hacerlo á lo vivo y que oigan el ruido.

CONDE.

Estraño mucho que todo un hombre como usted, parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

BERNARDO.

Yo cobardes...

CONDE.

Pues vamos; si mientras mas lo piense usted peor le ha de parecer.

BERNARDO.

Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted Don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen mas que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

CONDE. (2)

Ya se entrega.—¿Qué habla usted? ¿yo pagado? ese es un insulto; señor conde, defiéndase usted.

BERNARDO. (3)

Por Dios que es lance; esto no es broma; este es un asunto del verdadero conde; mas sencillo es decirle que no soy el conde.

CONDE.

Vamos, á batirse.

(1) *Se levanta.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

BERNARDO.

Pues señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

CONDE. (1)

Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.—¿Cómo?

BERNARDO.

Sí señor; no escuchen; yo no soy el conde, ni...

CONDE.

Señor conde, ¿quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardía la bajeza de negarse; ¿no es usted el conde? el miedo...

BERNARDO.

El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos; en fin, mañana á estas horas le diré á usted...

CONDE.

¿Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es usted el conde: aqui en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

BERNARDO. (2)

¿Qué va á hacer? (3) este hombre me descubre; (4) venga usted acá; soy el conde, sí señor, nos batiremos, y sobre todo, aqui, á hablar bajo, ó si no...

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *El conde va á llamar.*
(4) *Va hácia el conde, le detiene, y muda de tono; amenazándole siempre y sujetándole.*

CONDE.

¿Cómo? ¿usted?

BERNARDO.

Chiton, vamos bajando el tono. Si hasta ahora por motivos particulares le he parecido á usted un cobarde, sepa que no lo soy; nos batiremos, pero sepamos con quien.

CONDE (1).

Malísimo. —Señor, eso no es preciso.

BERNARDO.

Indispensable, y pronto.

CONDE (2).

Es fuerza fingir, porque mi deuda... y este hombre no es el mismo.

BERNARDO.

¿Eh? ¡vamos!

CONDE (3).

¿Qué pierdo? Bernardo y mas Bernardo, que para él es como no decirle nadie.

BERNARDO.

Vamos.

CONDE.

Pues señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pujavante.

BERNARDO.

¿Qué oigo? ¿usted Bernardo Pujavante? — (4)¿qué es esto?... ¡ah, ah, ah! — (5)

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Aparte.*
(5) *Con sangre fria.*

¿Con que es usted Bernardo?

CONDE.

Sí señor.

BERNARDO.

Mire usted lo que usted dice, sabe usted que ese tal Bernardo le conozco yo, y...

CONDE.

¿Usted?

BERNARDO.

Yo; y no se le parece á usted en nada.

CONDE.

¡Bravo!

BERNARDO.

Ese Bernardo no es un elegante, no desafia, no dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se deja insultar de nadie.

CONDE.

¿Se atreve usted?

BERNARDO.

Sí señor, á usted; ¿y por qué no? y ahora mismo he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarlo donde...

CONDE (1).

Buena la he hecho; ¡que le haya yo apurado!

BERNARDO.

¿Se da usted priesa, ó?...

CONDE.

Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Bernardo; pero hágase usted cargo de la razon, porque yo me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice, y entonces...

(1) *Aparte.*

BERNARDO.

Eso no es del caso, y...

CONDE.

Pero, la verdad...

BERNARDO.

Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde del Verde Sauco.

CONDE.

Pues señor, entonces, si no me deja usted ser Bernardo, no soy nadie.

BERNARDO.

¿Cómo?

CONDE.

Porque yo, es verdad que no soy Bernarno, pero he creido siempre ser el conde del Verde Sauco; dispénseme usted.

BERNARDO.

¿Quién? ¿usted?

CONDE.

Señor, si usted no quiere, pero aqui tengo papeles que...

BERNARDO.

¡Ah, ah, ah! Pues señor es chistoso.

CONDE.

Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

BERNARDO.

Pero usted con el nombre de Bernardo, ¿qué objeto?... yo necesito saberlo.

CONDE.

¡Ah, ah, ah! Aqui no hay mas que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

BERNARDO.

No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavia algun tiempo, á lo menos en esta casa, y yo á usted nunca le daré mas satisfaccion que esta.

CONDE.

¡Qué disparate! yo soy un amigo de usted.

BERNARDO.

Pues yo no lo soy de usted, porque no hay motivo.

CONDE.

Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

BERNARDO.

Señor mio, usted hará lo que yo quiera: pero gente viene; sálgase usted y chiton, y cuidado con venir aqui á hablar una palabra, y mucho menos á echarla de conde, sino cuando yo lo mande.

CONDE.

Pero señor, esto...

BERNARDO.

Y mañana á las seis en punto en la puerta del sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

CONDE.

¡Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV (1).

BERNARDO, JULIA (2).

JULIA.

¡Ay! ¿me he dejado aqui mi pañuelo y

(1) *Acaba de anochecer.*
(2) *Con una palmatoria.*

mis guantes? sí, cierto, aqui estan; ¿cómo los habia de encontrar? pero ¿quién está aqui?....

BERNARDO (1).

Julia; ahora me preguntará, y yo me canso de fingir.

JULIA.

¡Ah! ¿era usted señor conde? dígame usted, ¿qué ha resultado? ¡cómo me tiene usted!

BERNARDO (2).

¿Qué la he de decir? — Nada, amable Julia; lo que le dige á usted, se echaron suertes, tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro, y saltó la piedra; yo no quise tirar, y los padrinos se interpusieron.

JULIA.

¡Qué gozo! y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme llorar; ¡ingrato!

BERNARDO.

Julia, perdóneme usted sí...

JULIA.

Que le perdone... sí, solo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero jure usted cumplirlas.

BERNARDO.

¿Y duda usted?

JULIA.

Júrelo usted.

BERNARDO.

Sí, lo juro.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

JULIA.

Me ha de decir usted primero quién es el agresor, segundo, por qué.

BERNARDO.

¡Cielos!

JULIA.

Ya lo entiendo; ¿no quiere usted decirlo?

BERNARDO.

Bien quisiera, pero me es imposible.

JULIA.

¿Imposible?

BERNARDO.

Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no saber...

JULIA.

¿Cinco ó seis? Señor conde, y en siendo su esposa de usted ¿hará usted lo mismo?

BERNARDO.

Siempre seré el mismo, y no podré....

JULIA.

¿Y no puede usted dejar?... ó deje usted de ser conde, ó no cuente usted mas con mi amor.

BERNARDO (1).

¡Cielos! ¡qué ocasion! — Julia, creame usted lo que voy á decirla, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

JULIA.

Ya, ya lo entiendo; no diga usted mas; usted me ocultaba la causa de este lance; traidor, sin duda alguna otra pasion...

(1) *Aparte.*

BERNARDO.

Yo traidor, otra pasion...

JULIA.

Pues, dígamelo usted.

BERNARDO.

Julia, otra pasion; yo mismo quiero creer que es algun amante de usted ofendido; sí, no tiene duda.

JULIA.

¿Qué dice usted? ¿qué señas tiene?

BERNARDO (1).

¡Hola! — De mi estatura, mas alto, ojos negros, gran patilla.

JULIA.

Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

BERNARDO.

Sí, el mismo; y espolines en las botas.

JULIA.

El es, él es.

BERNARDO.

¿Le conoce usted, Julia? ¿quién es?

JULIA.

No se ha de enfadar usted conmigo...

BERNARDO.

Yo, Julia, con usted... cuente usted.

JULIA.

Señor conde; ese era un jóven con quien tenia papá tratada mi boda antes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. El estaba fuera; ni aun le conociamos; pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana;

(1) *Aparte.*

mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera le echó con cajas destempladas, se quejó á mí, me cogió la mano, me habló...

BERNARDO.

Concluya usted, ¿cómo se llama?

JULIA.

Bernardo Pujavante.

BERNARDO.

¡Bernardo! — (1) ya lo entiendo ¡infame conde!

JULIA.

¿Qué, se inquieta usted? me habló; pero, se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... ¡qué diferencia de Bernardo á usted! en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaria mi mano, pereceria, sufriria mil muertes antes que faltar á la fé que debo al conde del Verde Sauco: ¿no me cree usted?

BERNARDO. (2)

Él la quiere; ha tomado mi nombre, como yo el suyo; pero ¿cómo ha podido saber... que yo?

JULIA.

Créame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado despues, le habrá visto á usted entrar y salir...

BERNARDO.

Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte distraido.*

á ver á Don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

JULIA.

Pero ¡qué! ¿qué tiene usted? ¡necia de mí! ¿qué le he contado? ¿será posible?

BERNARDO.

Julia, á Dios, volveré; pero créame usted; de otro modo. (1)

JULIA.

¡De otro modo! ¡Dios mio! Señor conde, ¿qué es lo que me pasa? (2) ¿Qué es esto? una cartera, del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V.

DOÑA BIBIANA, JULIA.

DOÑA BIBIANA.

Pero, hija mia, para buscar unos guantes tanto tiempo. ¡Válgame Dios!... ¿qué tienes? ¿lloras? ¿qué te sucede?

JULIA.

¡Ah! mamá, ¿no sabe usted?...

DOÑA BIBIANA.

¡Qué! ¿has sabido algo del desafio? ¿ha muerto? ¿salió herido? ¡ay Dios mio! ¡qué desgracia! ¡maldita elegancia! ¡maldita moda! ¡Hija mia!

JULIA.

Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

(1) *Vase.*

(2) *Se arroja encima del banco de césped, y tropieza con la cartera que el conde dejó.*

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me habia quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debia asustar; pero dí, ¿qué es ello? ¿te queria engañar? ¿era un bribon?

JULIA.

Mamá...

DOÑA BIBIANA.

¿Trata de deshacer la boda? ¿no quiere casarse ya? ¡ay Dios mio!

JULIA.

Pero mamá, si...

DOÑA BIBIANA.

¡Haya picaron! despues de pedir tu mano volverse atrás; pero ¿por qué, por qué ha sido todo esto? si eres un bruto; tú lo habrás echado á perder; ¿con que es decir que nos ha engañado?

JULIA.

Pero mamá, ¡por Dios! déjeme usted; sino es eso. ¡Qué engaño ni qué nada! sino es eso.

DOÑA BIBIANA.

Hija mia, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, y ¿qué fue?

JULIA.

Mamá, Bernardo, Bernardo...

DOÑA BIBIANA.

¿Dónde está? ¿qué ha hecho?

JULIA.

Es el que ha desafiado...

DOÑA BIBIANA.

Atrevido, al señor conde.

JULIA.

Sí señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que habia pasado, y ha creido sin duda que yo le he querido.

DOÑA BIBIANA.

¿Le has contado?...

JULIA.

Fue inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fue diciendo que iba á hablar á papá...

DOÑA BIBIANA.

¿Á tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pudiera prevenir... sí, yo le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, sí señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aqui viene: vete al almacen, déjame sola con él.

ESCENA VI.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA.

DOÑA BIBIANA.

Ven acá, ven acá; ¿qué es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme; pero, no lo lograrás; quítatelo de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; ¿callas? ya te entiendo, responde.

DON DEOGRACIAS.

En buena hora he venido; pero, muger, ¿qué es ello? ¿yo engañarte?

DOÑA BIBIANA.

Sí señor, tú: ¿con que está aqui Bernardo?

DON DEOGRACIAS. (1)

¡Qué oigo! sabe ya que es Bernado: — pero, muger, ¿como? — (2) á Dios plan.

DOÑA BIBIANA.

Pues qué, ¿piensas que yo no sé nada? y tú tambien lo sabias; dí, dí que no.

DON DEOGRACIAS. (3).

Este maldito se habra descubierto, por fuerza. — Es verdad que lo sabia; pero...

DOÑA BIBIANA.

¿No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tan bien, presentarse asi... con ese descaro...

DON DEOGRACIAS. (4)

¿No digo yo que se ha descubierto?

DOÑA BIBIANA.

Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

DON DEOGRACIAS. (5)

No hay sino tener paciencia. — Pero, muger, tanto delito es... si él no quisiera á la chica no hubiera procedido asi... ¿no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

DOÑA BIBIANA

Todavia le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; y ¿á qué engañarme y hacerme creer?... vaya, yo... en una palabra, toma tú determinacion, ó despi-

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*
(4) *Aparte.*
(5) *Aparte.*

de á Bernardo al momento, ó ni cuentes con tu muger, ni con tu hija: ella le aborrece ahora mas que nunca: le ha despreciado á él mismo.

Don Deogracias.

¿A él mismo? ¡pobre muchacho!

Doña Bibiana.

Sí, á él mismo, sí; con que haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre, por mas astucias y por mas engaños que fragües... (1)

Don Deogracias.

¡Bibiana! esto no tiene remedio, se fue; si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII.

Don Deogracias.

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra; y en el ínterin mi muger gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré órden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. Pero este imprudente ¿cómo

(1) *Vase.*

lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aqui viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle; él me dirá... ó á lo menos le consolaré; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII.

Julia.

Nadie hay aqui; en ese almacen maldito hay tanta gente... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos. (1) "Cinco mil rs. del tilbury, que no puedo pagar todavia." Otra deuda; y el tilbury le debe, ¡ah! qué poco me gusta este carácter. Si me caso con él, yo le corregiré, sí. "Ocho mil rs. á la fonda:" ¡mas deudas! ¡Dios mio! una carta... ¿qué es esto? "Amada Josefina:" ¡cielos! si me engañará, la fecha es de hoy: "Amada »Josefina, disipa tus sospechas infundadas, es »verdad que te he confesado mi plan de boda »con la Julia, y que la he pedido; pero ni en »esto hay amor, ni siquiera inclinacion, solo »una razon de conveniencia; mis asuntos lo »exigen, su dote es crecido; en fin, desen»gáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma cuan»do me haya casado y me veas mas constante »contigo que nunca..." ¡Infame! (2)

(1) *Lee.*
(2) *Cae sobre el sillon.*

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

PASCASIO.

¡Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Sauco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aqui... pues no está, y que dé esta esquela á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tia acaba de espirar, que hereda qué se yo cuánto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesus! ¡Jesus! qué de enredos y misterios, y... ¡vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores todavia no han venido á recojerse, pues nunca les sucede; pero aqui está.

ESCENA II.

DON DEOGRACIAS *y despues* PASCASIO.

DON DEOGRACIAS.

Vamos, que esta casa no parece sino una casa de orates: ¡qué desórden! todo abierto, nadie recojido al amanecer todavia, ni aqui hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; este Bernardo ¿dónde estará? por mas que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo; ¿qué quieres?

PASCASIO.

Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DON DEOGRACIAS.

Bien, anda con Dios; abre y barre el almacen: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... "á don Deogracias &c...; el conde del Verde Sauco:" ¡otra! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á insistir, pues yo bien claro hablaba en la mia... ¡eh! luego la leeré; no estoy para perder tiempo. Francisco, Francisco.

ESCENA III.

DON DEOGRACIAS, FRANCISCO.

FRANCISCO.

Señor.

DON DEOGRACIAS.

¿Y mi muger y mi hija han vuelto ya?

FRANCISCO.

No señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aqui ayer... tan elegante...

DON DEOGRACIAS.

Sí, ¿y qué?

FRANCISCO.

Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche, que ha oido decir qué se yo qué cosas de ruina y pérdidas en el juego, y.... venia asustado.

DON DEOGRACIAS.

Calla, (1) ¿él tambien lo ha creido?-¿y se fue?

FRANCISCO.

Dijo que tenia una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué se yo; pero que volvia al momento.

DON DEOGRACIAS.

¡Bueno! pues ahora lo que corre mas prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si estan todavia en casa del baron de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aqui vienen ya, vete; ¡buena mosca traen!

ESCENA IV.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA (2).

DOÑA BIBIANA.

¡Jesus, Jesus qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. Pero es posible que tú tambien... pues si veías que yo no tenia fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...

DON DEOGRACIAS.

Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca habia cogido un naipe; tú con esa maldita mania me has llevado al precipicio, porque era

(1) *Aparte.*
(2) *Entran por el almacen, Francisco abre.*

el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas, hasta para dar parte de si ibamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reido de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el desprecio de nuestros iguales, la indignacion de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

Doña Bibiana.

¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.

Don Deogracias.

Ya te lo he dicho, hasta el almacen; en fin, no nos queda mas que nuestra vanidad.

Julia.

¡Ah! mamá, cuántas veces le decia yo á usted "no juegue usted."

Doña Bibiana.

Y qué, ¿querias que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fui en este conflicto á casa del baron de la Palma; alli he escrito tres esquelas, contando nuestra situacion á la marquesa del Clavel, al baron de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro dia ganaremos.

DON DEOGRACIAS.

Asi empiezan los caballeros de industria.

DOÑA BIBIANA.

Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V.

DON DEOGRACIAS.

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de persónages, ¿qué me querria el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

"Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; ¿con que se ha creido que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya. Han variado las circunstancias, y estoy mucho mas en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... &c., &c."

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ¡ah! sino se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasion! ¡qué carta! esta se la achacaria yo á él, como escrita despues de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, como le maldecirian, y entonces qué ocasion de descubrirse! pero aqui estan.

ESCENA VI.

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA.

DOÑA BIBIANA.

¿Quién lo habia de pensar de tanta amistad?

DON DEOGRACIAS.

¡Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

DOÑA BIBIANA.

¡Oh! si nunca les hubiera escrito; mira tú, llamándome la marquesa del Clavel "la señora comercianta," y el duque del Término "dígale usted á la tendera," y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mio! ¡qué ignominia!

DON DEOGRACIAS.

Ya me lo figuraba yo eso... — (1) Esto va á las mil maravillas.

DOÑA BIBIANA.

¡Infames!

JULIA.

¿Qué es esto que nos sucede?

DOÑA BIBIANA.

Aun nos queda una esperanza.

DON DEOGRACIAS.

¿Cuál? ya te entiendo, gracias á este escarmiento, ya pensarás con mas juicio. Bernardo tal vez.

DOÑA BIBIANA.

¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfia?

(1) *Aparte.*

no ha de ser, no señor. El conde del Verde Sauco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

DON DEOGRACIAS.

¿Quién? ¿el conde del Verde Sauco?

JULIA. (1)

¡Dios mio! en qué ocasion; yo le aborrezco.

DOÑA BIBIANA.

Ese es el único...

DON DEOGRACIAS. (2)

¿Qué es esto? si habrán visto al verdadero conde; él la queria, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y como ya habian descubierto á Bernardo, le admitirian; él la obsequiaria; y esta última carta la escribiria despues de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué piensas? ¿qué dices?

DON DEOGRACIAS.

Muger, no queria hablarte de esto; pero, mira una carta que acabo de recibir del conde. (3) No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.

JULIA.

¡Dio mio! añadir la infamia á la traicion!

DOÑA BIBIANA.

Ya no hay ninguna esperanza.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*
(3) *Aparte.*

DON DEOGRACIAS. (1)

Me dan lástima; pero demos el último golpe. — En fin, me parece que ya no queda mas recurso que Bernardo, él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situacion...

JULIA.

Ah, papá, nunca, nunca. Despues del desaire hecho á Bernardo por el conde, seria para mí un verdugo su generosidad: he sido engañada, lo confieso; pero esta situacion en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazon, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DON DEOGRACIAS.

Hija mia, pero ese amor ¿cuándo se formalizó? ¿de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

JULIA.

Papá mio, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor recordándome mi ligereza...

DON DEOGRACIAS.

¡Pobrecita!... (2) mas Bernardo viene, en qué ocasion tan mala.

ESCENA VII.

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO.

BERNARDO.

Familia desgraciada, hermosa Julia.

(1) *Aparte.*
(2) *Aparte.*

JULIA.

Aparte usted; aun tiene usted atrevimiento...

BERNARDO.

Julia, qué mudanza...

JULIA.

Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (1)

DON DEOGRACIAS.

Está loca; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.

BERNARDO.

Julia, basta de ficcion; esto no es mio.

JULIA.

¿No es de usted?

BERNARDO.

Ni soy el conde del Verde Sauco, ni nunca lo he sido.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dice?

JULIA.

¿Usted no?

BERNARDO.

Efectivamente, el conde verdadero del Verde Sauco es el dueño de esta cartera.

JULIA.

¿Quién?

BERNARDO.

El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

(1) *Le da su carta y la cartera.*

JULIA.

¡Papá! — Y usted ¿quién?...

BERNARDO.

Yo soy el único Bernardo...

JULIA.

¿Usted?

DOÑA BIBIANA.

¿Usted? — Hombre, ¿qué dices?

DON DEOGRACIAS.

Sí, el señor; pero qué, ¿no lo sabias ya? ¿pues no me digistes, muger, que sabias que Bernardo estaba aqui? yo creí que habias descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponiamos.

DOÑA BIBIANA.

¡Jesus, Jesus! yo sueño.

BERNARDO.

Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que puede quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde, á quien yo habia citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Solo, pues, resta, Julia mia, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA.

¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERNARDO.

Me equivoqué; ahora conozco que no merecia usted esta ficcion; pero vengo á enmen-

dar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneracion en mis bienes del mal trato de la suerte.

DOÑA BIBIANA.

¡Qué nobleza! ¡y que vergüenza para mí!

BERNARDO.

Solo apetezco que su mamá de usted...

DOÑA BIBIANA.

Venga usted á mis brazos, noble jóven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA.

Con que ya no tendrá usted desafios, ni trampas, ni...

BERNARDO.

Jamas, Julia; el amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía les indemnizará á ustedes...

DON DEOGRACIAS.

No hay necesidad; ven á mis brazos, Bernardo, hijo mio; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan; mi ruina es supuesta.

DOÑA BIBIANA.

¿Qué dices?

JULIA.

¡Papá!

BERNARDO.

¿Supuesta?...

DON DEOGRACIAS.

Sí, hijos mios; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi muger, ha surtido

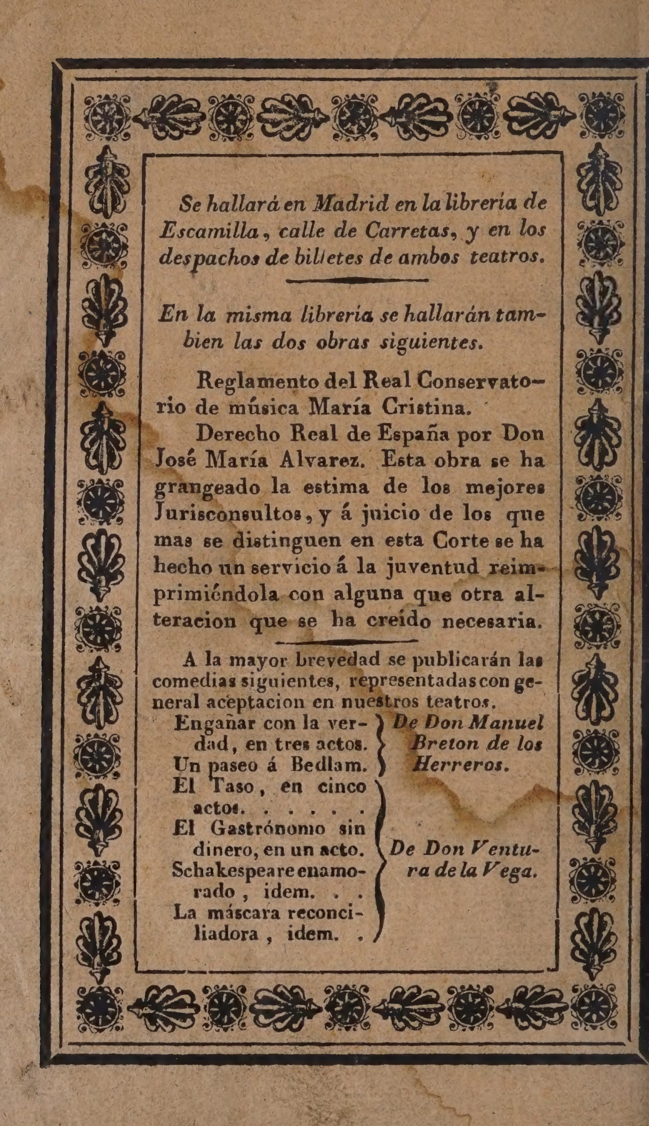
efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se espone el que trata de salirse de su esfera.

DOÑA BIBIANA.

¡Ah! esposo mio; perdona...

DON DEOGRACIAS.

Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesion, cuando es honrosa.



Se hallará en Madrid en la librería de Escamilla, calle de Carretas, y en los despachos de billetes de ambos teatros.

En la misma librería se hallarán tambien las dos obras siguientes.

Reglamento del Real Conservatorio de música María Cristina.

Derecho Real de España por Don José María Alvarez. Esta obra se ha grangeado la estima de los mejores Jurisconsultos, y á juicio de los que mas se distinguen en esta Corte se ha hecho un servicio á la juventud reimprimiéndola con alguna que otra alteracion que se ha creido necesaria.

A la mayor brevedad se publicarán las comedias siguientes, representadas con general aceptacion en nuestros teatros.

Engañar con la verdad, en tres actos. Un paseo á Bedlam.	*De Don Manuel Breton de los Herreros.*
El Taso, en cinco actos. . . . . . El Gastrónomo sin dinero, en un acto. Schakespeare enamorado, idem. . . La máscara reconciliadora, idem. .	*De Don Ventura de la Vega.*